

estrechos.» En el fondo, juzgaba que, en campo raso, el contagio del tumulto era más difícil, y más fácil, pronta y segura la represión. Estas precauciones prueban que estaba seriamente alarmado.

Signatario del edicto de Milán, Licinio no era un pagano celoso. Después de su victoria sobre Maximino, había hecho dar muerte en Antioquía á los sacerdotes de Júpiter Filio y á los más violentos perseguidores de la nueva religión. Algunos cristianos, tachados es verdad de herejes, continuaron en su intimidad, como Eusebio, obispo de Nicomedia, y las medidas que tomó ó aconsejó, como la separación de hombres y mujeres en las iglesias, y la enseñanza de las cosas santas dada á éstas, no por clérigos, sino por diaconisas escogidas para este ministerio, prueban que no era un grande enemigo de la religión. Todo lo más, puede verse aquí que creía las antiguas acusaciones hechas por los paganos contra las reuniones de los neófitos.

Las intenciones, supuestas ó reales, del clero de sus Estados lo impelieron á actos de severidad que irritaron justamente á los ortodoxos y provocaron resistencias, á las cuales respondió la autoridad con las terribles leyes de que estaba armada. Algunas iglesias fueron otra vez cerradas ó destruídas, pronunciadas confiscaciones y sentencias de destierro, reducidos á servidumbre varios ingenuos, otros enviados á las minas, y tal vez ejecutados algunos obispos (1). Sin embargo, sólo se castigó á individuos aislados y por consiguiente no hubo declaración general contra el cristianismo: así pues, los autores eclesiásticos no señalan una nueva persecución en el reinado de Licinio (2).

En esta historia se anda verdaderamente en tinieblas; tanto ha velado ó desfigurado los hechos la pasión religiosa: as obras que nos ha dejado son como esos palimpsestos cuya escritura visible oculta un texto más importante, pero muy difícil de leer. Algunas líneas de Teodoro, por ejemplo, autorizan una conjetura que muy bien puede ser una verdad. «Constantino, dice este autor, acusa más tarde al obispo de Nicomedia, Eusebio, de haber sido el alma de la guerra entre los dos Augustos.» El arrianismo que, simplificando el dogma cristiano, echaba un puente entre la antigua y la nueva religión, hacía ya grandes progresos en Oriente.

Este Eusebio, que será un celoso secuaz de Arrio, pudo haber impelido al príncipe, cuyo confidente era, á ensañarse contra los adversarios demasiado ardientes de la doctrina que él protegía; de modo que pueden verse en los rigores de Licinio las consecuencias de una lucha entre dos comuniones cristianas. Así se explicarían las violencias locales que el otro Eusebio, el obispo de Cesarea, refiere. Cometidas con manifiesta violación del edicto de Milán, daban á Constantino un pretexto legítimo para hacerse el defensor de la famosa ley, que había proclamado la igualdad de todos los cultos.

Desde la última guerra con Licinio, había podido Constantino mantener á sus tropas en buen ánimo y asegurarles triunfos y botín, doble garantía de su fidelidad. En la Galia se había habituado Crispo á las armas en fáciles campañas contra los alamanos y los francos, que parecían alternar ó remudarse para que no perdieran el espíritu militar las le-

(1) Eusebio (*Hist. eccl.* X, 8) no nombra uno siquiera, ni cita ningún hecho particular; y dando á entender que hubo entonces una violenta persecución, acaba por decir que el tirano hubiera decretado una persecución general, si no hubiera caído.

(2) Sulpicio Severo dice en su *Historia sagrada: Sed et inter persecuciones non computatur*. El canon 11.º del concilio de Nicea habla de cristianos que bajo el poder de Licinio habían apostatado «sin temor, sin pérdida de sus bienes ni peligro ninguno.»

giones del Rin (320). A orillas del Danubio, hubo de rechazar su padre una invasión de sármatas, que él persiguió hasta la orilla izquierda del río; y algunas bandas de godos que se arriesgaron en la Mesia y la Tracia, tuvieron la misma suerte.

De estas dos expediciones trajo Constantino prisioneros, que según el uso, fueron distribuídos en las ciudades como esclavos ó colonos, ó incorporados como soldados en las tropas imperiales. Estas campañas sin peligro eran excelentes preludios de más serios combates. Al mismo tiempo construyó una flota de 200 galeras, ensanchó el puerto de Tesalónica y numerosas tropas se reunieron al rededor de esta ciudad.

A estos bélicos preparativos respondían los de Licinio. Si hubiéramos de aceptar los guarismos de Zósimo, se habrían reunido en la llanura de Andrinópolis muy cerca de 300.000 hombres. Los dos ejércitos estaban separados por el Hebro. Una hábil maniobra de Constantino, que engañó la vigilancia de su adversario, sorprendiendo un vado del río, le aseguró esta vez una victoria completa.

Licinio pagó bravamente con su persona. Después de haberlo dispuesto todo como hábil general, se batió como soldado y fué herido en la batalla (3 julio 323). Entonces se encerró en Bizancio con los restos de su ejército para impedir á su rival el paso de Europa al Asia. Sus 350 galeras, dueñas del Helesponto, aseguraban su abastecimiento, á la vez que impedían el del enemigo, que no podía hacerse ampliamente sino por mar.

Llevando sus aguas el Euxino al Mediterráneo por un estrecho canal, forma en el Helesponto una rápida corriente, que en ciertos tiempos es difícil remontar, pero viene á ser manejable cuando el viento del mediodía regolfa en los Dardanelos las olas del Egeo. El almirante de Licinio tenía esta corriente en su favor, pero no supo aprovecharla. En el primer encuentro de las dos flotas, las pérdidas fueron iguales; pero el día siguiente sopló el viento del Sur, y Crispo, almirante de la flota constantina, lanzó sus galeras contra las del enemigo, que perdió en este segundo choque 130 quillas.

Seguro ya de sus convoyes Constantino, fué á estrechar el sitio de Bizancio y la flota victoriosa de Crispo se acercó al Cuerno de Oro.

Antes de encerrarse en la plaza, Licinio había pasado por Asia, nombrado César ó Augusto á su maestro Martiniano y reorganizado rápidamente su ejército extendiéndolo á lo largo de la costa, de Calcedonia á Lámsaco, para guardar los pasos. Pero Constantino, dueño ya del mar, podía desembarcar en todas partes. Su flota llevó sus tropas hasta el pie de las alturas de Crisópolis (Scútari), donde muy luego se cubrieron de trincheras.

Con esta maniobra la línea de defensa de Licinio hubo de quedar á la inversa. Entonces levantó sus reales y con un ataque vigoroso intentó empujar al enemigo hacia el mar; pero fué rechazado con grandes pérdidas y obligado á huir hasta Nicomedia.

No teniendo ya soldados ni tesoro, el enérgico anciano vino á deponer la púrpura á los pies del vencedor impasible y duro (23 set. 323).

Constantino había prometido á su hermana, la esposa de Licinio, respetar la vida del Augusto vencido, y en su virtud lo relegó á Tesalónica. Pero un hombre que había sido emperador doce años, daba, preso y todo, inquietudes, y el método oriental de hacer cesar las inquietudes, suprimiendo á los que las causaban, no desplazaba al dueño omnipotente del mundo romano.

Así pues, á pesar de la promesa hecha á su hermana,

envió luego á Licinio una orden de muerte (324) (1). Martiniano había sido decapitado el día siguiente de la derrota, y según el uso de los tiempos, los servidores y amigos de Licinio tuvieron la misma suerte que el emperador vencido: sus actos fueron anulados (2) y la reacción duró cerca de dos años. Cuando Constantino la detuvo por el rescripto del 8 julio 326 (3), no había ya nada en Oriente que pudiera recordar el gobierno del tirano, como decía el venecedor. ¡Qué pavorosas perturbaciones debían traer á la vida social estas venganzas políticas! Por desgracia, con más ó menos gravedad, son de todos los tiempos.

Se ha representado esta guerra como la lucha suprema de dos religiones. Eusebio supone que Licinio dijo á sus soldados antes de la batalla: «He aquí nuestros dioses y de nuestros padres: el enemigo los ha abandonado para seguir

á otro dios que no conocemos. Hoy hemos de ver quién de nosotros se engaña, y la victoria decidirá á quién debemos ofrecer nuestras adoraciones. Nuestros dioses, que son muchos contra uno solo, nos harán vencer seguramente.»

La historia no encuentra en estos acontecimientos el carácter que el bueno del obispo les da. Esta, como las guerras anteriores, fué una porfía de ambición, pero tuvo los efectos de una guerra religiosa, porque el vencido había buscado apoyo entre los paganos y los disidentes. Cuando Constantino vió á los obispos ortodoxos llamarlo su salvador y á la multitud de los que creen en el éxito pasar á la fe nueva, se encontró más firme que nunca en el pensamiento de que el porvenir era de los cristianos y que la prudencia política aconsejaba ir á ellos. A ellos fué, en efecto, pero con las hábiles precauciones que vamos á ver.

## CAPÍTULO CII

### LA POLITICA RELIGIOSA DE CONSTANTINO

#### I.—LA VISIÓN MILAGROSA. — EL LÁBARO. — EL CULTO DEL SOL.

En el camino de Roma, yendo contra Majencio, en 312, fué donde se realizó, según Eusebio, la conversión de Constantino. En su *Historia eclesiástica*, publicada catorce años después de la batalla del puente Milvio, no sabe nada de la aparición que refiere más tarde en su *Vida de Constantino*. Pero esta última obra de Eusebio es un libro de edificación piadosa y no un libro de historia. El autor declara que no dará á conocer á la posteridad los combates y victorias del emperador ni sus leyes y trabajos para bien de sus súbditos, proponiéndose sólo referir los actos de piedad (4); y como los hagiógrafos tienen el espíritu proclive á todo lo sobrenatural, en lugar de exponer las hábiles medidas de guerra tomadas por su héroe, lo representa muy afanado en desbaratar las diabólicas maquinaciones de Majencio. Sin embargo, el raciocinio que le atribuye y que

(1) *Contra religionem sacramenti occisus est* (Eutropio, X, 6).

(2) Teodosio hará lo mismo después de su victoria sobre Máximo. Era anteriormente la suerte de los príncipes que el senado había declarado tiranos.

(3) *Código Teod.* XV, 14, 3. Lo que el tirano ha decidido con arreglo á las leyes debe subsistir.

(4) I, 11. Lo mismo habla en su *Historia eclesiástica* (VIII, 2) y en su libro sobre los *Mártires de Palestina*: por eso, Sócrates, su continuador (I, 1), declara no haber tenido nada que tomar para la historia de la Iglesia, de la *Vida de Constantino*. Eusebio se atrevió hasta á sostener, en su *Preparación evangélica* (XII, 31), la monstruosa doctrina de las mentiras útiles, y no deja de practicar esta doctrina: Constantino, por gracia especial, disminuye en una cuarta parte el impuesto territorial de Autun (*Pan. vet.* VIII, 11), y Eusebio extiende la gracia á todo el imperio, lo cual hubiera sido la ruina de la hacienda imperial (*Vida de Const.* IV, 2). El emperador cierra ó destruye algunos templos paganos y Eusebio escribe que los destruye todos. Niega á los herejes las inmunidades concedidas por él á los ortodoxos y el historiador declara que todas las herejías quedan destruídas; y cuenta que él mismo era uno de los jefes de la más recalcitrante. A oírlo, se creería que Constantino había sometido el universo mundo (*Vida de Const.* I, 8) y este príncipe no añadió un palmo de tierra al imperio. Su valor está al nivel de su imparcialidad é inteligencia. En la *Historia eclesiástica*, compuesta antes de la muerte de Crispo, habla con elogio de este desgraciado príncipe; en la *Vida de Const.* redactada bajo el reinado del hijo de Fausta, no pronuncia siquiera su nombre. El monje Zonaras no se atreve tampoco á escribir una palabra de vituperio: en este caso se le cae la pluma de la

mano y exclama: «Nó, no puedo decir nada que disminuya la gloria de este hombre divino.» (*An.* XIII, 4). Gelasio de Ciceo fabrica también un discurso de Constantino en el concilio de Nicea: la extraña carta de este príncipe á Arrio me es singularmente sospechosa, como lo son las controversias que Sozómenes supone entre obispos y filósofos en el mismo concilio de Nicea, como el *justitium* que pretende haber establecido Constantino el viernes para honrar la cruz. También se fabrican leyes como la celebrísima constitución de *confirmando iudicio episcoporum* (*Const. Sirmondí*, n.º 1). Los escritores católicos lo reconocen: «En las colecciones relativas al concilio de Nicea, dice el duque de Broglie (*L'Eglise et l'Empire romain au quatrième siècle*, t. I, 2.ª parte, p. 65), hay multitud de cánones y decretos manifiestamente apócrifos: es un diluvio de piezas falsas.» La confusión se aumenta con la rivalidad de las sectas, inventando á porfía títulos para sostener sus pretensiones. Así, Teofanes en su *Crónica*, acusa á los arrianos de haber fabricado constituciones de Constantino al papa Melquiades (Tillemont, *Hist. de los emperadores*, IV, 141). Consta por la supuesta donación de Constantino, por la leyenda de su bautismo en Roma, por tantas *actas* de mártires que no pueden recibirse, y por las falsas Decretales, que este uso se continuó mucho tiempo. El sabio abate de Meissas dice en una de sus memorias sobre la *Evangelización de las Galias*: «El siglo IX fué el siglo de la impostura por excelencia.» Muy bien puede decirse esto mismo de otros siglos. El concilio de Tiro en 335, es famoso por «su muerto vivo, τὸν ζῶντα νεκρῶν» (Gregorio de Nacianzo, *Elogio de Atan.* 15). Atanasio pretende que se falsificaron allí cartas suyas, y dice á Constantino en su *Apología*: «Estos hábiles falsarios han imitado más de una vez hasta la escritura de tus excelencias é imperiales manos.»

misma cruz y le ordenó que usara un estandarte á semejanza de esta imagen (1).»

Hay muy poca dignidad en ese juramento que hace el príncipe á un súbdito para sancionar la veracidad de sus palabras, y la narración publicada después de la muerte de Constantino por un obispo cortesano, deseoso de probar que había vivido en íntima familiaridad con el príncipe, es en sí muy sospechosa.

Después de todo, si se recuerda la palabra dada por Constantino á su hermana de respetar la vida de Licinio su esposo, á quien hizo morir muy luego, puede uno inclinarse á sólo acusar al obispo de una ingenua credulidad. Pero Eusebio abusa de las visiones. ¿No se atreve á decir que Dios se mostró con frecuencia á Constantino, que le revelaba el porvenir y que, después de la batalla del puente Milvio, le designó los deudos y amigos de Majencio que debían ser inmolados (2)? Sospechar que Eusebio era capaz de un fraude piadoso no es agravio de que se hubiera ofendido, ni nadie en aquel tiempo lo hubiera vituperado por ello.

Constantino hacía lo mismo que él. Por voluntad de Dios, *Deo jubente*, dice en una ley, fundó á Constantino-pla. Jefes de Estados y jefes de religiones han gobernado mucho tiempo el mundo tomando su propio pensamiento por una inspiración divina y presentándola á los pueblos como una orden del cielo. La crítica histórica que cree en la permanencia de las leyes naturales, y que piensa, con Séneca, que Dios obedece al orden que él mismo ha establecido, *semel jussit, semper paret*, no discute los milagros; pero comprende que se hubiera formado pronto una leyenda sobre un acontecimiento tan extraordinario como la transformación del imperio pagano en imperio cristiano.

Lo contrario sería lo sorprendente, porque es también una ley de la historia que en ciertas épocas el espíritu del hombre proceda de esta manera, porque la creencia en lo maravilloso, que está en el fondo del alma humana, sale entonces con una fuerza de expansión irresistible. Hasta á los ojos de los paganos, la victoria sobre Majencio fué un acto divino, porque para ellos, el dios Constancio había dirigido el ejército de su hijo, *divinas expeditiones*; más natural era aún que para los cristianos, el divino conductor fuera el Crucificado.

En efecto, sorprendidos de encontrar al salir de las prisiones tolerancia y miramientos, los cristianos creyeron ven en la conducta de Constantino un efecto de la intervención divina. Desde los primeros días tomó la leyenda muchas formas: en lugar de la visión en pleno sol, habla Lactancio de un sueño, durante el cual recibió el príncipe la orden de poner la cruz en el escudo de sus soldados.

Quando se trata de un ambicioso que no tuvo nunca nada del iluminado, no son materia de historia las visiones ni los sueños. Se reconocen demasiado pronto los motivos que los hicieron aceptar á los interesados. No así el lábaro, porque este estandarte que se llevaba en las batallas al lado del emperador, podría tomarse por el símbolo de la política de Constantino.

(1) *Vida de Const.* I, 28, 30. Al decir de Eusebio y de Sócrates (I, 2), los soldados vieron también la cruz milagrosa. La famosa visión habría pues tenido numerosos testigos, con lo cual eran ya inútiles la narración del príncipe y su juramento. Los historiadores de aquel tiempo no tenían imaginación muy fecunda: San Cirilo (ap. Barón. ann. 353, n.º 26), Filostorgo (III, 26), Sócrates (II, 28), Sozómenes (IV, 5) y á sus huellas Nicéforo (IX, 32) reproducen la leyenda de Eusebio en favor de Constancio II: en el momento de ir contra Magnencio, apareció una cruz en el cielo.

(2) *Vida de Const.* I, 47; II, 12, 14, etc.

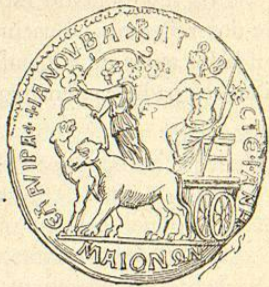
Los cristianos veían la cruz en todas partes, en los trofeos y los estandartes de las legiones, hasta en el rostro humano, en que la línea de los ojos y de la nariz representan para ellos el signo del suplicio de los esclavos; y es honor de ellos haber hecho de una imagen infamante un signo de salvación (3). Pero este signo y aun un carácter semejante ó parecido á lo que fué más tarde el monograma

(3) San Justino, *Apol.* I, 55; Tertuliano, *Apol.* 16: *Victorias adoratis, cum in tropæis cruces intestina sint trophæorum*; y mejor aún Minucio Félix, en el capítulo XXIX del *Octavio*, que termina la larga enumeración de las cosas paganas con apariencia de cruz con estas palabras: *Ita signo crucis aut ratio innititur aut vestra religio formatur*. Sin embargo, la representación de la cruz es muy rara en las catacumbas, donde sólo aparece como de hurtadillas, disimulada bajo algún otro símbolo, como un áncora, una antena, un hombre orando con los brazos abiertos « un ave que se eleva hacia el cielo extendiendo la cruz de sus alas con un ruido semejante al susurro de una oración » (Tertuliano, *de Oratione*, 39). Es muy raro que la cruz aparezca sin estos velos ó disimulos en un monumento anterior á Constantino; Rossi no lo ha visto más que una vez (*Roma sùtterr.* II, 18) y Minucio Félix (*Octav.*, XXIX), había dicho: *Cruces non colimus*. Pero la cruz ó signos análogos ó parecidos á esta figura, aun lo que hemos llamado el monograma, era de uso muy común en la antigüedad pagana. « ¿Es creíble, dice el abate Martigny, que los cristianos no hubieran tenido la idea de apropiarse también, y aun con preferencia, el signo X, muy conocido en la antigüedad, y que, empleado por los paganos, hubiera tenido la ventaja, á la vez que ofreciendo á los fieles las iniciales del nombre de Cristo, de satisfacer aquella necesidad de arcano, que fué uno de los caracteres más salientes de la primitiva Iglesia? » (*Dict. des ant. chrét.*, p. 478). Todo el libro de Munter, *Symbbilder und Kunstvorstellung der alten Christen*, es el desenvolvimiento de la misma idea.

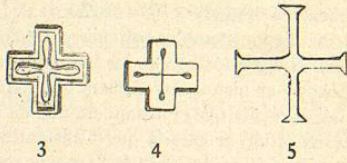
La cruz con asa de los Faraones y de los dioses de Egipto se ve en los monumentos cristianos de la Tebaida y de la Nubia (Memoria de Letronne, en las *Mem. de la Acad. de inscrip.*, t. XVI, nueva serie), en monedas persas y cipriotas (duque de Luynes, *Numism. de las satrapías y de la Fenicia bajo el reinado de los aqueménides*, p. I, números 3 y 4; p. VIII, números 2, 13, 17; *Num. et inscrip. cipriot.*, p. I, números 5, 6, 7, etc., *passim*).

Los griegos tenían el monograma en su escritura cursiva, y servía también de marca en tetradracmas de Atenas y en ciertas monedas de los Tolomeos (Eckhel. t. VIII, p. 89); vése también en una medalla de Decio, el gran perseguidor de los cristianos, ΕΠΙ ΣΤΡ ΑΦΦΙΑΝΟΥ ΒΑΧΡΑΤΟΥ, donde están unidas la X y la P (Munter, p. 33). En este caso no es más que la abreviatura de una palabra ó de letras que no se han querido grabar; pero en otros lugares tiene una significación religiosa. Una inscripción cristiana, publicada por Egger (*Mem. de hist. ant. y de filol.* p. 427), comienza por una *crisma* y termina por una *tau*, T, que según Tertuliano (*ad Marc.* III, 22) representa la cruz, y que para los gentiles era un símbolo de salud. Signos semejantes y otros que dan de una manera más completa la imagen de la cruz cristiana, se encontraron en la antigua Asiria, donde tenían una doble significación astronómica y divina. Así, se encuentran á menudo en cilindros babilónicos figuras semejantes á la cruz equilateral, á veces acompañadas del sol y de la luna, y que, marcando los cuatro puntos cardinales, sirvieron naturalmente para expresar la idea del horizonte, del infinito en el espacio y en el tiempo, y pasando del sentido físico al moral, la idea de Dios.

Otra cruz, la cuneiforme, es la figura del dios Anu, personificación del cielo (Rawlinson, *Inscr. of western Asia*, II, 48), que también se



Moneda de Trajano Decio, acuñada en Meonia de Lidia, con el monograma X (bronze).



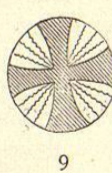
ma de Cristo, estaba en uso, mucho antes del cristianismo, en los libros, en monedas que por todas partes circulaban, en estandartes militares y en monumentos religiosos. La cruz *gameada* (1), que quería decir bendición y buen augurio, figuraba en los más antiguos templos indios y en las imágenes de Budha; la ponían también los galos en sus sepulcros, y se encuentra también en las catacumbas, en las vestiduras de los sacerdotes.

Bajo la forma de la cruz de asa, que reproduce exactamente la *crisma*, significa la salud, la salvación, la vida eterna y era en manos de las divinidades egipcias el atributo esencial de su poder. Cuando Teodosio hizo destruir el *Serapeion* de Alejandría, se sorprendieron muy mucho los cristianos de encontrarlas en gran número grabadas en la piedra. Se ven en las monedas de los reyes aqueménides y en los monumentos asirios, donde la cruz de cuatro brazos encerrada en un círculo, es el símbolo del *Dios invencible*, el Sol, que irradia en todos sentidos. En el siglo tercero de nuestra era, los persas ponían su imagen en sus estandartes y firmaban sus mensajes con el título de *Hermano del Sol* (2). Mil años antes, los reyes asirios Samsi-Bin y Assur-Nasir-Habal, llevaban al pecho, suspendida del cuello, como nuestros prelados, una cruz equilateral que significaba el Cielo y Dios.

Las ideas y los símbolos viajan como los hombres y con ellos. Cuando se produjo en Occidente la invasión de los cultos orientales y de los adivinos de Caldea, que se deslizaron por todas partes, muchas creencias y no pocos signos de aquellas viejas religiones hubieron de penetrar en el mundo romano, donde el símbolo del Sol debió de ser tan conocido como popular era su culto. Algunos jinetes romanos de la columna Trajana llevan en sus escudos una estrella de ocho radios, que para ellos no era acaso más que un simple adorno, pero que representaba el Sol á los ojos de los asirios: en el reverso de una moneda de Galieno, tiene Apolo un cetro cruzado.

Los paganos estaban pues muy habituados á considerar

representa con la cruz de ocho radios ó brazos inscritos en un círculo. Son las ocho regiones del sol y del cielo, figura muy usada en las tablas astrológicas, de que posee numerosos especímenes el museo del Louvre. Este símbolo se ve en dos monolitos que representan al rey Assur-Nasir-Habal (930 antes de nuestra era) y á su nieto Samsi-Bin. Este mismo símbolo que se encuentra en una imagen de Sennakerib, en el *British Museum* (Lenormant, *Hist. ant. del Oriente*, p. 364), figuraba también en los estandartes de los ejércitos asirios (Nota de M. Menant).



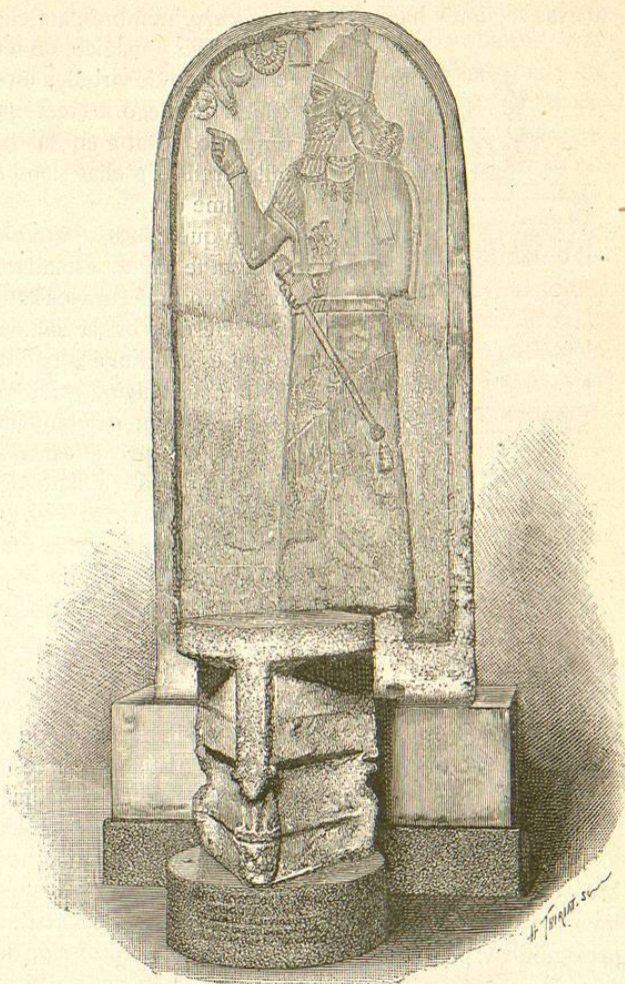
En un sepulcro de Tebas, soldados arameos llevan suspendida de un collar, ya una cruz equilateral, ya una cruz semejante á la que llevan nuestros sacerdotes y frailes (Lenormant, *ibid.* p. 176). En los textos de Gadea recién publicados por Sarzec, esta cruz con tres rayas en cada brazo, significa lo que dura eternamente (Nota de M. Oppert).

(1) Así llamada porque puede reproducirse con cuatro *gammas* cruzadas. Se ha encontrado entre los escandinavos (Worsæ, *Los tiempos prehistóricos del Norte*). Las ruedecillas de los cascos gálicos, ó círculo de seis radios, era una representación del sol ó de la divinidad, como la rueda que lleva Roma en una moneda de Adriano conmemorativa del 9.º centenario de la fundación de Roma (*Ibid.* t. V, p. 57) y la de Júpiter encontrada en Landouzy-la-Ville (*Rev. archéol.*, enero de 1881).

(2) Tertuliano, *Apol.* 15, y Am. Marcelino, XVII, 5. Véase en Layard, *El Culo de Mitra*, p. X, n.º 14, un hemisferoide de ágata, que tiene en el vértice una media luna y una estrella de seis radios representando el Sol. Artajerjes llevaba este símbolo en la tiara.

la cruz en sus diferentes formas, como un símbolo de victoria ó del poder divino, sobre todo, como una representación del Sol, entonces su gran divinidad, y Constantino no se arriesgó á provocar un tumulto de protesta, cuando utilizó este equívoco poniendo en su casco de guerra y en las armas de sus soldados un signo que paganos y cristianos aceptaban sin turbación de conciencia (3).

La palabra *lábaro* no es latina ni griega; es caldea, derivándose de *labar* que en lengua asiria tenía el significado de duración, de eternidad. Tomando de los orientales el nombre de su nuevo estandarte, era muy natural que Cons-



Assur-Nasir-Habal, rey de Asiria (930 antes de J.C.)

tantino les tomara igualmente el símbolo de su dios, que, como veremos muy luego, fué el suyo durante mucho tiempo. El paganismo pues suministró los principales elementos del lábaro y hasta su nombre mismo (4).

Según Eusebio, que vió este estandarte en los últimos

(3) Era natural que los historiadores de la Iglesia vieran en esta confusión, en que el emperador se complacía porque estaba en su espíritu y servía á su política, un medio de propaganda cristiana hábilmente imaginada por él. « Constantino puso la cruz en el lábaro, dice Sozómenes (*Hist. ecclésiast.* I, 4), á fin de que, habituados los soldados á respetar sus estandartes militares, llegaran insensiblemente al respeto de Cristo, cuyo signo tenían á la vista, y para que olvidando poco á poco sus ídolos, vinieran en fin á adorar al Dios verdadero. »

(4) Oppert, *Estud. asir.*, p. 166; y *Exped. á Mesopotamia*, t. II, p. 293. Es probable que la palabra *labarum* fuera usada desde el tiempo de Constantino, pero no hay certeza de ello, porque Eusebio no emplea nunca semejante vocablo, que se encuentra por la primera vez, según creo, setenta años más tarde en Sozómenes (I, 4). Ducange, en su *Glosario*, lo deriva de la palabra alemana *lap*, pedazo de tela, lo que no es probable.